

bam
bú

Ana y la Sibila

Antonio Sánchez-Escalonilla



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, Antonio Sánchez-Escalonilla

© 2006, Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustraciones interiores: Oriol Garcia i Quera

Para la reconstrucción del Foro Romano (págs. 224-225)

el ilustrador se ha basado en la obra *Dans la Rome
des Césars*, Gilles Chaillet. Glénat.

Fotografías: Cordonpress, Dolmen

Sexta edición: abril de 2011

ISBN: 978-84-934826-0-2

Depósito legal: M-13.613-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Capítulo I _____	9
Capítulo II _____	23
Capítulo III _____	39
Capítulo IV _____	53
Capítulo V _____	67
Capítulo VI _____	79
Capítulo VII _____	95
Capítulo VIII _____	107
Capítulo IX _____	121
Capítulo X _____	133
Capítulo XI _____	149
Capítulo XII _____	163
Capítulo XIII _____	175
Capítulo XIV _____	187
Capítulo XV _____	201
Capítulo XVI _____	215
Capítulo XVII _____	233
Capítulo XVIII _____	245
Capítulo XIX _____	261
Capítulo XX _____	275
<i>Drammatis personae</i> _____	289
Índice de Imágenes _____	300

Vaticano

Plaza de San Pedro



Capilla Sixtina



Iglesia de San Pedro



Santa María
in Comesdin

ROMA

Cárcel Mamertina



Capitolio Roca Tarpeya



Foro romano

Arco de Jano



Monte Palatino
Domus Augusta



El Juicio Final (capilla Sixtina)

I

Ana ajustó las lentes de sus prismáticos y se estremeció al contemplar aquella mueca atormentada.

El rostro de Miguel Ángel, convertido en una máscara de goma derretida, observaba desde lo alto a la joven intrusa: una muchacha de catorce años en viaje de fin de curso, hechizada por los inquilinos de colorido vivaz que moraban en los techos y paredes de la capilla Sixtina.

Cinco siglos atrás, el autor del fresco más famoso del mundo había dejado su autorretrato entre las cuatrocientas figuras que danzaban al son de los clarines del Juicio Final. Unas despertaban para la condenación eterna. Otras surgían del sepulcro para ascender a la gloria. Y allá arriba, el apóstol Bartolomé sostenía en una mano su propia piel, aquélla que le arrancaran en su martirio y que ahora colgaba en el aire como un traje de neopreno, mostrando el semblante fantasmal de Miguel Ángel Buonarroti.

Los prismáticos temblaron entre los dedos de la joven.

Hacía rato que los compañeros de Ana aguardaban en los patios del exterior, con los pies doloridos de patear las calles de Roma. El grupo de escolares había pasado por la capilla con paso rápido, entre risas y empujones, sin molestarse apenas en girar sus cuellos hacia los techos para hacer alguna broma infantil sobre los desnudos. La estancia se encontraba ahora casi vacía, a excepción de unos pocos turistas que susurraban admirados ante las imágenes de la creación de Adán, el Diluvio Universal o el sacrificio de Noé.

Inmóvil frente al alto muro, la chica detenía sus prismáticos ante cada rostro. Con un discreto movimiento, se apartó los largos cabellos castaños para colocarse unos minúsculos auriculares y encendió su reproductor de MP3 de bolsillo. Una visitante de aspecto nórdico le dirigió una mirada de soslayo para censurar su atrevimiento. Pero Ana, impertérrita, comenzó a escuchar el *Réquiem* de Mozart a todo volumen. Se dejó llevar por aquellas notas tremendas y, entonces, arrancó la historia...

En el lado derecho, los condenados caían irremediablemente hacia el abismo, allá donde Caronte, el barquero de los infiernos, conducía su barca repleta de viajeros con destino a los tormentos. Minos, el juez implacable, los aguardaba para dictar sentencia mientras sostenía una gran serpiente enroscada en el torso. A la izquierda, las almas respondían a la llamada y abandonaban sus tumbas para elevarse, ingravidas, hasta los cielos. Abajo, los esqueletos descarnados se cubrían de carne, músculos y

tendones. Arriba, los cuerpos resucitados se reunían con los bienaventurados.

Con un movimiento brusco, Ana dirigió sus lentes hasta lo más alto del fresco y descubrió la figura de un hombre que se retorció espantado en su trono. Intentó leer el nombre inscrito en la ménsula que tenía bajo sus pies, pero una sombra cubría el rótulo y apenas distinguió un par de letras. Ana juzgó que se trataba de un personaje importante, pues ocupaba un lugar privilegiado sobre el Juicio Final, por encima, incluso, del Mesías. Concentró su mirada en el personaje y advirtió extrañada la presencia de un pez monstruoso, que parecía surgir del propio fresco.

—¡Qué curioso! —pensó Ana—. ¿Por qué pintaría Miguel Ángel un pez gigante en lo más alto de su obra maestra?

El animal flotaba en el aire, lo cual hacía el misterio todavía más intrigante.

—¡El *Dies Irae*! ¡Increíble!

Ana se sobresaltó al oír aquella voz que hablaba en su idioma. Al volverse, la chica encontró un rostro sonriente y arrugado, medio oculto por una barba cana y espesa, y tocado con una gorra de plato. A primera vista imaginó que se trataba de un mendigo, pero desechó la idea al comprobar que vestía el uniforme de los Museos Vaticanos. En una chapa gastada se leía su apellido: «Marone». Ana le devolvió una sonrisa tímida y se apresuró a apagar la música. El desconocido levantó sus manos.

—No hace falta que lo desconectes. No es frecuente escuchar a Mozart por aquí. ¿Entiendes lo que escuchas?

La muchacha se soltó un auricular y negó con la cabeza.

–No estudiamos latín... Hemos aprendido algo en la asignatura de Cultura clásica.

El anciano frunció el entrecejo y emitió un gruñido. La chica abrió su mochila y sacó un libro pequeño, de lomos bastante manoseados.

–Es el diccionario de latín que usaba mi padre en el Bachillerato. Si viajas a Roma, tienes que venir preparado, ¿no? Nunca se sabe...

La muchacha y el viejo se miraron a los ojos un instante. Ana sonrió de nuevo. Las pecas se extendieron alegremente por sus mejillas y en sus ojos azules brilló un destello de viveza juvenil.

–Me llamo Ana. He venido desde Cartagena con mis compañeros de instituto. Habla usted muy bien mi idioma, ¿sabe?

Estrecharon sus manos ante las cuatrocientas miradas del fresco.

–Marone. Virgilio Marone. Soy el guía más antiguo de los Museos Vaticanos. Llevo aquí una eternidad, ¡el tiempo suficiente para aprender cualquier lengua! Dime, ¿cómo se te ocurrió escoger una música tan singular?

Ana esbozó una media sonrisa.

–En clase me llaman el bicho raro. Pero en realidad no fue idea mía, sino de mi madre. Es profesora de arte...

El rostro de la muchacha se entristeció repentinamente.

–¿Ocurre algo?

–Discutí con mi madre poco antes de venir a Italia. Hubiera deseado pedirle perdón, pero... Bueno, tengo muy mal genio.

–Comprendo. Ahora la estás obedeciendo y te sientes mejor.

Ana asintió.

–¿Me prestas un momento tu diccionario?

La chica entregó su viejo libro al guía y el anciano comenzó a pasar las hojas. De vez en cuando abría los ojos con admiración y movía la cabeza, como recordando tiempos pasados.

Levantó una mano y siguió los compases de la música, que sonaba amortiguada en los auriculares. El guía canturreó entre dientes:

*Dies irae, dies illa
solvat saeculum in favilla,
teste David cum sibilla.
Quantus tremor est futurus
quando iudex est venturus
cuncta stricte discussurus...!*

Ana se esforzó en vano por comprender algo. Virgilio se apresuró a traducir la letra:

*Cuando llegue el día de la ira
los siglos quedarán reducidos a cenizas,
como profetizaron David y la sibila.
¡Qué temor en el futuro
cuando venga el juez
a exigirnos cuentas con rigor...!*

La muchacha y el guía se volvieron hacia el fresco del Juicio Final. Ana se fijó en un hombre que, sobre un pequeño promontorio, trataba de evitar su caída al abismo con desesperación. Sintió un escalofrío.

–*Teste David cum sybilla...* –repitió el anciano lentamente–. A propósito, ¿te han presentado ya a la sibila?

La chica entornó los ojos y miró perpleja al *signore* Marone. Entonces el guía miró hacia el techo de la capilla Sixtina, iluminado por un sol estival que avanzaba en su declive. Más allá de los altos ventanales destacaban doce figuras humanas sobre sus sedes de piedra. Virgilio alzó su mano y trazó un círculo en el aire para mostrárselas.

–Miguel Ángel pintó siete profetas de la Biblia que predijeron la llegada del Mesías a la Tierra: Ezequiel, Isaías, Daniel..., pero entre ellos quiso situar a cinco misteriosas mujeres que, en la Antigüedad, también anunciaron la venida de un salvador: las cinco sibilas. La gente acudía a ellas desde lugares muy lejanos para escuchar sus oráculos y conocer el futuro.

–¿Las cinco sibilas vivían juntas, en algún templo?

–No. Moraban en tierras distantes y nunca llegaron a conocerse. Aquella joven que mira de reojo es la sibila délfica, de Grecia. Su rostro siempre aparece en postales y enciclopedias. Supongo que las demás sibilas deben de sentirse algo celosas.

Señaló con su índice otro punto del techo.

–Aquella otra, pintada de perfil, es la sibila eritrea y vivía en las tierras donde se pone el sol. La mujer del turbante es la sibila pérsica, allá en el lejano Oriente. La cuarta,

aquella muchacha que está casi de espaldas, es la sibila líbica. Un pintor de tu país llamado Diego Velázquez se enamoró de ella cuando visitó Roma, ¿sabes?

Ana buscó con la mirada a la adivina restante. A diferencia de las otras, parecía bastante vieja: una anciana arrugada y corpulenta que dirigía su rostro severo hacia el libro descomunal que sostenía en sus manos. Tomó de nuevo los prismáticos y se fijó en ella.

–La última sibila no parece muy agradable... –comentó.

–Según la leyenda, se trataba de una mujer bastante irascible –la voz de Virgilio adoptó de pronto un tono solemne–. Te presento a la sibila de Cumas, la más importante de todas.

Se hizo el silencio. Ana contempló los brazos tensos de la anciana y la imaginó a punto de arrojar su grueso volumen contra los dos curiosos que la espiaban desde el pulido pavimento de la capilla.

–No siempre fue tan vieja –continuó el guía–. Se llamaba Amaltes y debía de tener tu edad cuando el mismísimo Apolo se enamoró de ella y le otorgó el don de adivinar el futuro. El dios de la poesía prometió concederle un deseo más si aceptaba convertirse en su prometida. Entonces Amaltes se inclinó en el suelo, tomó un puñado de tierra y le pidió vivir tantos años como granos de arena aprisionara en su puño. Resultaron ser mil.

–¡Mil años de vida!

Virgilio suspiró:

–Por desgracia, la sibila olvidó un detalle muy importante. Olvidó añadir la juventud eterna a su deseo. Imagina

una vejez interminable. Setenta, noventa, cien, doscientos años... El cuerpo de Amaltes se consumía sin remedio. Vencida por la edad, la sibila se introdujo dentro de un ánfora y pidió que la colgaran del techo de su cueva, en Cumas. Allí permaneció durante siglos y siglos.

Ana sintió una mezcla de lástima y horror ante semejante tortura.

—Antes de caer tronchada por el agobio de los años, la sibila escribía sus oráculos en hojas de palmera y las arrojaba con furia a los peregrinos. Pero los visitantes de Amaltes no siempre fueron mujeres y hombres obsesionados por el destino. A veces, los niños se divertían jugando en el antro de la sibila.

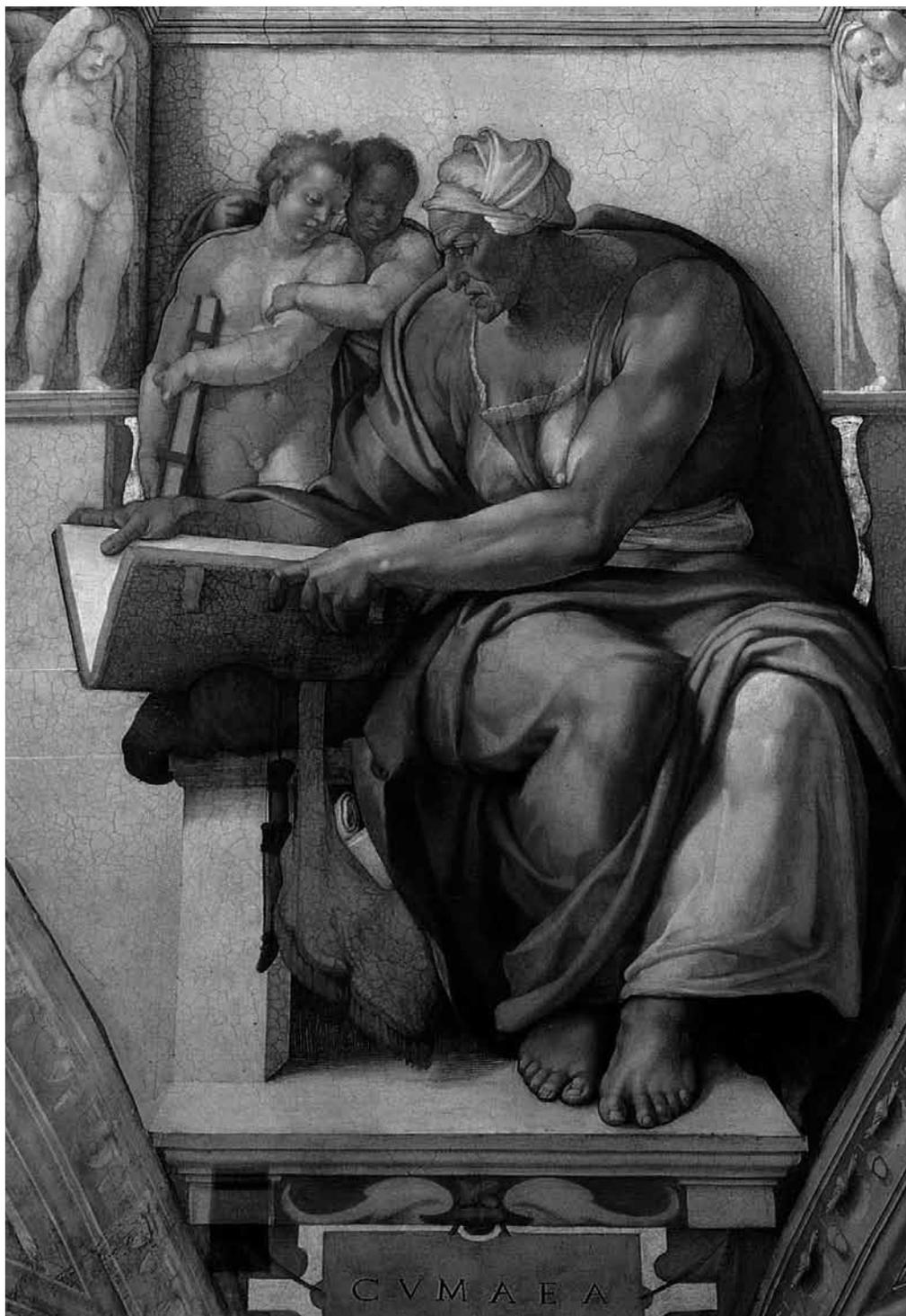
Virgilio extendió los brazos con gesto dramático.

—Corrían entre risas por los pasillos subterráneos hasta alcanzar el salón donde se hallaba su cuerpo decrepito, colgado sobre las tinieblas. Entonces los pequeños preguntaban: «¡Sibila! ¿Qué deseas?». Y del interior del ánfora brotaba su lamento. Una súplica que el eco lóbrego arrastraba por los pasadizos de la gruta.

El guía se detuvo, miró a la adivina y susurró pausadamente:

—Deseo morir.

Hacía rato que Ana había olvidado la impresionante visión del Juicio Final. De todos los tormentos posibles, ninguno se asemejaba en horror al triste final de aquella anciana, condenada a transmitir sus enigmas a los hombres durante más de diez vidas enteras. Prisionera del tiempo. Prisionera de su propio deseo de eternidad.



Sibila de Cumas (detalle de la bóveda de la Capilla Sixtina)

–Cuentan que la sibila también profetizó el nacimiento del Mesías, como ya te he explicado. Y el Juicio Final. Así se dice en el *Réquiem* que estabas escuchando...

Una voz en italiano, procedente del exterior, llamó al guía. Virgilio se disculpó contrariado y, mientras se encaminaba hacia la puerta, prometió a la chica que regresaría enseguida. Pero Ana ya no le oía.

Petrificada en su postura, incapaz de despegar los ojos de sus prismáticos, la muchacha ni siquiera advirtió que se había quedado sola en la capilla Sixtina. La única compañía de Ana era aquella anciana eternamente moribunda, por la que sentía una extraña mezcla de compasión y curiosidad. Amaltes había pagado un precio demasiado alto por su don de profetizar. La muchacha pensó que quizás había merecido la pena, aunque sólo hubiera sido por los primeros cincuenta años... Porque a Ana, el bicho raro, le apasionaban los misterios de la Antigüedad, ¡tanto como los del futuro!

De súbito, mientras espiaba a la sibila a través de las lentes, se abrió paso en su interior el deseo más atrevido que jamás había expresado. Y, como si se hallara en el antro de Cumas, rogó a la adivina que le mostrase su propio oráculo.

La chica contuvo el aliento.

–Ana, se te está yendo la olla –se dijo a sí misma.

Transcurrieron unos segundos.

18 Un ventanal estalló en mil pedazos y sobre las losas de mármol se esparció una lluvia de cristales. Los prismáticos

resbalaron entre sus dedos, pero Ana no movió un solo músculo de su cuerpo. Paralizada por el terror, tampoco se sobresaltó cuando la segunda vidriera reventó con una violencia todavía mayor. Un aire impetuoso penetró en la capilla, agitando los cabellos y las ropas de la joven. Al punto, la estancia se llenó de susurros que clamaban en lenguas extrañas. Voces antiguas de amenaza, mezcladas con llantos y lamentos. Cantos de lucha, de gesta y de victoria. Pero también de paz, de esperanza y de poesía.

Ana escuchó un susurro débil que, poco a poco, cobró fuerza sobre los demás clamores hasta apagarlos por completo. Era una voz de timbre roto, una súplica incesante que helaba su corazón y se repetía una y otra vez, como un último suspiro, cada vez más intenso, hasta hacerse insoportable:

–Deseo morir, deseo morir...

La muchacha sintió que enloquecía de angustia. Entonces escuchó otra voz que respondía a la primera y que parecía su propia voz. Era el grito de una joven atormentada, que se abría paso desde las profundidades del mundo. El llanto de alguien que se aferraba a la vida:

–¡Libérame, te lo ruego!

Y se hizo el silencio.

Los lamentos desafortunados de guías y conserjes devolvieron a Ana al mundo de los vivos. Como si acabara de despertar de un sueño, se encontró a sí misma sobre el suelo frío en posición fetal, con las manos tapando sus oídos. El mármol estaba salpicado de incontables restos de

vidrio, que varios hombres de uniforme hacían crujir con sus pisadas nerviosas. Ninguno reparó en la muchacha. Gesticulaban inquietos hacia arriba, profiriendo frases en un italiano endiablado.

La chica se incorporó temblando. Algo revoloteó a sus pies. Todavía aturdida, Ana descubrió que un papel paruzco, del color apagado de una planta seca, se había enganchado en la pernera de sus pantalones vaqueros. La muchacha lo recogió. Sus bordes estaban chamuscados y enmarcaban unas palabras garabateadas con prisa, escritas con mayúsculas desiguales. Leyó las primeras:

I

IANUA IANI

II

HANNA HANNIBALIS

CAVE CAVEAM

SED VADE IN EAM

Parecía latín. En un primer momento, Ana pensó que la hoja se había caído de su viejo diccionario. Con seguridad se trataba de un texto escrito por su padre años atrás, un simple ejercicio de traducción.

Uno de los guías señaló a lo alto y su voz se impuso a las otras. Los empleados del museo enmudecieron tras fijar la vista en una de las pinturas del techo. La chica siguió la dirección de sus miradas y contempló de nuevo la imagen de la sibila de Cumas.

Entonces una sombra cubrió el rostro de la muchacha.

Allá arriba, sobre un ventanal destrozado, el libro gigantesco de la anciana había desaparecido, como si Miguel Ángel jamás lo hubiera pintado. La sibila posaba sus ojos en el vacío abierto entre sus dedos.

Con la vista clavada en la terrible adivina y el pedazo de papel en una mano, Ana retrocedió torpemente hacia la puerta de salida. Y después echó a correr.